

Techo de paja, hamaca, siembra y chicha

Como a cuatro jornadas a paso pasito de Ciudad Blanca, se encuentra situado el poblado indígena. Casi nadie sabe de su existencia, y los blancos que están enterados lo callan para poder hacer un mayor negocio de explotación con los indígenas.

Este alejado grupo social se dedica al cuidado del ganado, el maíz y la alfarería. Todos los esfuerzos de los misioneros por catequizarlos son vanos, es como echarle agua a un canasto.

Kabit, la mujer india pertenece a aquella parte de la población sin tierra, con gravísimos problemas alimenticios. Hay más mujeres que hombres. De allí viene el que estas

mujeres esperen la hora del parto de sus vecinas, con la esperanza de que éstas mueran, y el hombre otra vez libre, escoja nueva esposa. Eso pensaba la joven india cuando contemplaba a su marido de setenta y pico de años, que se había casado varias veces. No lo admiraba ni respetaba. Su padre la había obligado a aceptarlo como esposo, y al cabo de dos años de matrimonio quedó sólo su rencor y el niño.

Kabit recordó... Era una niña casi, y ya hacía los trabajos de una mujer. Cuando ya pudo preparar un canasto de maíz cocinado, molerlo en la piedra y echar las tortillas, su padre decidió casarla con aquel jefe indio

agobiado de años, de vicios, de mujeres e hijos, que se enamoró profundamente de la india joven de sobrecogedora belleza; a su paso las palomas se convertían en rosas, los sapos en jazmines y las serpientes en heliotropos.

Ella no amaba al esposo. No quería seguir con él. "Ahora sí - pensó la india - por fin he encontrado al hombre de una tribu vecina, responsable ante sus dioses, ante su hermano el hombre y ante sí mismo. Estoy enamorada de él y lo seguiré, pase lo que pase. Tengo que irme con él. ¡Lástima grande que no se pueda poner a ciertos maridos en cura con el hechicero - pensó -. Pues su espo-

so era como un sapo: solo podía ver la sombra del gavilán o el punto negro del insecto. Noches después huyó.

El jefe indio, agobiado de años, vicios, mujeres e hijos, se enamoró profundamente de la india joven de sobrecogedora belleza, piel aceitunada, rasgos orientales y cabello peinado en apretadas trenzas, a la que a su paso las palomas se convertían en rosas, los sapos en jazmines y las serpientes en heliotropos.

Cuando la vio por primera vez, de inmediato la pidió en matrimonio, tomándola por esposa. De eso hacía ya veinticuatro lunas. Orgulloso esperó que la simiente sembrada diera su fruto. Los meses pasaron, y en la primera lluvia de octubre nació el hijo.

Cuando ya Suri el niño era como un potrillo tembloroso, el indio viejo comenzó a sentir el desafecto y desamor de la esposa. Comprendió que él ya no era lo suficiente hombre para llenar el amor los poros de su esposa.

Kabit, cumplía con sus obligaciones: le preparaba la comida, atendía al niño. Pero en sus ojos veía luces y chispas que no habían existido antes y la iluminaban toda. Hasta su piel era más brillante y sedosa. La mujer estaba más bella. Eran caricias y no

las suyas - las que la hacían más hermosa día a día.

Esa noche el cacique desanudó su silencio, y le dijo: "Te amo. No sé en que andas, porque te mato. Ten cuidado".

Cuando el indio viejo despertó ese nuevo día con los trinos de los yigüirros y jilgueros a su lado no descansaba ya la india...

El - pensó el indio -, se contentaba con bien poco: su techo de paja, su hamaca, su siembra y su chicha. Pero en él persistía la moralidad de sus antiguas costumbres y mandatos aún válidos en su tribu, para con sus mujeres. Para ellos era un deber el respeto a los mayores, la fidelidad al marido, la honradez. Creencias imperecederas, firmes e insoslayables. Y faltar a esa ley traía obligaciones, pena y castigo.

Cuando el sol en su ocaso alargó las sombras de las chozas, siguiendo las costumbres de sus mayores, el indio viejo sacó al patio hasta la última pertenencia de la que fuera su mujer. No deseaba nada de ella. Que no hubiera nada. Ni siquiera una olla o comal. Todo lo sacó prendiéndole fuego. A Suri el niño tampoco lo quería. Ese día sería el de su última sombra. Lo tomó en brazos. Atravesó el poblado buscando veredas desiertas. Atrás quedaron patios, huertas, naranja-

les y los últimos ranchos. Cargaba al niño junto con su cólera, su despecho, que ponían ligereza en sus pies mientras atravesaba la maleza penetrando en donde la vegetación es más exuberante.

Por una brecha en el muro de la selva tupida de árboles, que eran más monolitos que árboles, verde jungla que ocultaría al niño, dejándolo amarrado a un grueso tronco, donde cantó un tecolote. El perro, compañero, protector y amigo fiel de Suri, el indito, se quedó junto al niño cuando lo dejaron solo.

Su pelo erizado y su quejido agudo, tenso, largo, angustiados, en hermandad con el llanto del niño. Luego en oscura y recóndita solidaridad, en esa noche de luna menguante y zumbido de zancudos, los perros del vecindario y los aún más distantes comenzaron a aullar. Al comienzo fueron uno o dos gemidos ahogados de espanto. Más tarde fue un conjunto de ladridos. La jauría aterrada aullaba. Las vacas y terneros en los corrales mugieron estremecidos de espanto al sentir al tigre acercarse.

Los mil rumores nocturnos cesaron de repente. Hasta el majafierro calló. Un silencio intenso, sobrecogedor, pavoroso, inundó la aldea y la selva toda, oyéndose sólo un alarido de terror, saliendo de una garganta infantil... allá en el fondo del bosque.